

En la tierra de Renán

A NOEMÍ RENÁN, dignísima hija
sobreviviente del Maestro de la Ple-
garia ante la Acrópolis.
Homenaje de

C. HISPANO.

1 Carta a J. García Monge

Permitame usted, mi amigo y señor García Monge, que para estas impresiones de Bretaña, que habrán de ser la introducción al tercer tomito de mis traducciones de Renán, que usted, con tan selecto gusto y esmero, ha editado, adopte la forma epistolar, porque es con la que más me acomodo para narrar, en tono confidencial, las cosas sencillas y familiares de este país, que en otro estilo o traje quizá no serían bien recibidas. Recuerde usted, como excusa, las escenas caseras, y sin embargo deliciosas, que cuenta la Sevigné en sus clásicas y tan lindas cartas, sin que esto signifique que las mías intenten, ni siquiera imitar las inimitables de aquella ilustre Marquesa.

Desde el 30 de agosto, en que salí de Deauville, estoy pisando tierras bretonas. El día de mi llegada a Tréguier, la cuna de Renán, apenas instalado en el Hotel Lalauze, de propiedad de una antigua y honrada familia de esa ciudad, supe que, a consecuencia de una caída al ir a introducir granos a los sótanos de la casa, había muerto, desnucado, la mañana del día anterior, el señor François Filoux, esposo de madame Jeanne Le Naurés, descendiente directa de los antiguos Le Bigot, que usted recuerda, por las curiosísimas cartas que publicó René D'Is en su *Renán en Bretagne*, que fueron quejosos pero constantes inquilinos, primero de madame Renán, y muerta ella, de su insigne hijo. Pues bien, me tocó entierro.

Al madrugar al día siguiente a conocer la casa en que había nacido y pasado su infancia el maestro, la encontré llena de gente, esto es, de bretones y bretonas de toda la comarca, porque aquí las cosas pasan lo mismo que en Buga, mi tierra natal, cuando era niño: se moría el médico o el sacristán, y asistía todo el pueblo al entierro.

Entre las señoras que había, todas con sus sayas negras, capitas, también negras, con franjas de seda, y cofias blanquísimas, bien almidonadas y aplanchadas, y con dos puntas sueltas a los lados, que es, para las mujeres, el traje tradicional y general en toda la Bretaña, entre esas señoras me señalaron a Noemí Renán, único hijo sobreviviente de Renán, y también su única hija mujer, sin contar a Ernes-

tina, que usted sabe murió a poco de nacer, como no ignora que Noemí es viuda de A. Psichari, Director de la Escuela de Altos Estudios de la Sorbona. Sobra decirle que Noemí estaba vestida lo mismo que las parientes



La estatua de RENÁN en la plaza de Tréguier, al lado de la Catedral.

más cercanas del difunto, pues M. Filoux es para ella más que su locatario, el marido de la única descendiente directa de los Le Bigot, un verdadero hermano.

El entierro fué corto, porque casi al frente de la casita de Renán está el cementerio de Tréguier, que no describo porque habría para otra carta. El ataúd fué llevado también al estilo de mi niñez, en sábanas, cuyas puntas cogieron los señores. Ya en el cementerio, todos los parroquianos, quiero decir, los bretones, fueron colocando las coronas que llevaban en la mano en torno del hoyo donde se descolgó el ataúd. Entre esas coronas, una de las mejores, de moradas violetas, tenía una tarjeta con bordes negros, que decía: Madame NOEMÍ RENÁN.

Al día siguiente, sin ser invitado, me tocaron también bodas. Se casaba la señorita Anne Cousin, oriunda de

la cercana aldea (aquí dicen *bourg*) de Plonguiel, que queda del otro lado del río, con un joven de Tréguier, pariente cercano de madame Lalauze, dueña del hotel, y naturalmente, siendo la mejor cocina del lugar, los pavos se mataron en la casa. El matrimonio también fué bugueño, digno del tiempo en que crecí en esa ciudad. La novia, vestida de blanco y con guirnalda de flores blancas, salió de su casa a pie, acompañada de sus padres y amigos, que llevaban también ramos de flores, y el novio salió de la suya al lado de sus amigos con indumentarias... indescriptibles. Primero fueron a la *Mairie*, y en seguida a la catedral gótico-romana, aquella misma de que hablan tanto los *Souvenirs d'enfance et de jeunesse*. Pero lo bueno fué la boda, boda vallecaucana, que ya no veía desde hace ay! tantos años, boda con pavos rellenos, melones y sandías, y el cura presidiendo la mesa y el alcalde perorando, y todo en medio de mucha confianza y de mucha alegría sana y sencilla, bodas como ya no se ven, ni aun en el Valle del Cauca, sino en los campos, que siempre han sido los más constantes guardadores de las cosas buenas; y si no, recuerde, amigo García Monge, que el paganismo se llama así porque fueron los viejos campesinos, griegos y romanos, los últimos, fieles a su encantadora religión, y los más reacios a las novedades y modas judías.

La semana anterior a mi llegada a Tréguier, había llovido a cántaros en toda la región, hasta el punto de que ya estaban pensando en improvisar un *Pardon*, fiesta religiosa, como usted sabe, antiquísima de la Bretaña, pero que no se celebra sino el 19 de mayo de todos los años. Va usted a creer que miento al decirle que a causa, sin duda alguna, de caprichos atmosféricos en esta tornadiza zona templada, o por cualquiera otra razón meteorológica, apenas llegué, dejó de llover, y fué lo suficiente para que al verme pasar las gentes por las calles, con traje distinto al de ellos, y en calidad de único extranjero huésped de Tréguier, comenzaran a mirarme con buenas caras y a llamarme en bretón: *Douqueur amzer gaez*, que significa, al decir de los que hablan bretón y francés: *Porteur de beau temps*.

El tiempo siguió espléndido casi una semana, pero como viera que amagaba por los lados de Lannion, que son nubes seguras en Tréguier, según me había informado muy reservadamente, madrugué el 9 para esta incomparable playa del mar de Bretaña, el dulce mar que arrulló la infancia de Chateaubriand y de Re-